

Prólogo

Los humanistas europeos, en los albores de la modernidad, cuando importantes revoluciones tecnológicas y de otra índole ejercían un impacto formidable en la difusión de la cultura, concibieron la cultura popular como algo plenamente integrado en el saber con mayúsculas, de acuerdo con el pensamiento erasmista. Erasmo de Rotterdam concibe la sabiduría como algo unitario e indivisible, de tal manera que el saber del vulgo y el saber del sabio no son más que dos facetas de la sabiduría; de ellas, la vulgar se considera el reflejo del saber del sabio infundido en el pueblo por decisión divina. En España, por influjo del pensamiento erasmista, el interés por la cultura popular alcanzó cotas excepcionales y un humanista sevillano, Juan de Mal Lara, con sus estudios paremiológicos, puede ser considerado como el primero, entre nosotros, que intentó dotar de carácter científico el estudio del saber del vulgo.

Pero fue necesario esperar hasta el siglo XIX para que, al amparo del interés suscitado por el movimiento romántico hacia las culturas particulares, se diera un considerable impulso al estudio científico de la cultura popular. La envergadura y extensión de los estudios folclóricos, el plantel de hombres insignes que los cultivaron y la brillantez de algunos de sus resultados propiciaron el espejismo de identificar cultura popular con las reliquias de las

actividades artesanales, con la literatura oral en vías de extinción, con las técnicas agropecuarias arrinconadas por la mecanización y con la organización social del mundo rural. En definitiva, los estudios de cultura popular quedaban restringidos, en la práctica, a una arqueología de la cultura tradicional preindustrial y rural. Todavía hoy, estos estudios arqueológicos, transformado el ya insostenible calificativo “popular” por el de “tradicional”, se esmeran en el análisis del detalle, que prima sobre la visión de conjunto.

El estudio de la cultura del pueblo en una sociedad altamente tecnificada y urbanizada reclama el mismo interés, por lo menos, que el de la época preindustrial. Hoy, cuando —como aseguran Armand y Michelle Mattelart— la «sociedad de la información es también la de la producción de estados mentales» en la que la comunicación se presenta como «parámetro por excelencia de la evolución de la humanidad», hemos de reconocer que el impacto de los medios de comunicación de masas en la configuración y transmisión de la cultura popular en las sociedades desarrolladas contemporáneas es decisivo. Así se viene considerando por corrientes de pensamiento que cuentan con una ya larga y prestigiosa trayectoria científica, en la que pueden señalarse, por citar algunos ejemplos destacados. los estudios de Adorno o Benjamin sobre industrias culturales; las investigaciones del CECMAS, de la Escuela práctica de altos estudios de Francia; o la corriente que, bajo la denominación de *Cultural Studies*, florece en los años sesenta y setenta del siglo XX y tiene en el *Centre of Contemporary Cultural Studies*, de la Universidad de Birmingham, uno de sus principales exponentes; o la multiplicación de los estudios sobre la cotidianidad que, en palabras de Balandier «ha hecho resurgir al individuo frente a las estructuras y los sistemas», etc.

El presente volumen pretende fomentar el interés por el estudio de la acción de los medios de comunicación de masas en el diseño, consolidación y difusión de representaciones simbólicas en el imaginario popular y, en general, de la interacción de cultura popular y medios de comunicación de masas, así como ofre-

cer algunas pautas metodológicas que pudieran ser de utilidad en investigaciones futuras. Jorge A. González y Francisco Sierra hacen sugerentes planteamientos metodológicos, de carácter general; Carmen Espejo y Mariano Belenguer analizan la cultura popular en ámbitos cronológica y temáticamente bien delimitados; y Manuel Bernal, Carmen Herrero y María del Mar García Gordillo analizan, en sendos estudios, el impacto de los medios de comunicación en sucesivas formulaciones simbólicas de la cultura popular andaluza.

Manuel Bernal Rodríguez
Febrero de 2002